

CASINO LLEGA

EL FESTIVAL

DE CINE ★ DE CALI

CARTA
1

Hay una noticia vieja que hace días me pica. En 22 de junio del año pasado se anunció que sí se realizaría la tercera versión del Festival Internacional de cine de Cali, inaugurado en 2009 bajo la dirección artística del cineasta caleño Luis Ospina. Lo anterior fue confirmado más de un mes después de que Carlos Rojas, el entonces Secretario de Cultura y Turismo, hubiera comunicado la cancelación del evento por falta de fondos. Varios medios de comunicación reportaron que su restablecimiento en la agenda pública sucedió como respuesta a la reacción de académicos y cinéfilos que protestaron contra la decisión.

Desde su primera versión, el Festival se ha configurado como una muestra y certamen de cine independiente, en contraposición al comercial. Un evento así logra exponer a los caleños a otras visiones del mundo con las cuales no tendríamos contacto por fuera de estos espacios. El cine del Festival nos acerca visualmente a múltiples realidades que

no son visibles en las producciones que llegan a las salas de cine locales. Personalmente creo que este cine tiene mucho más que aportar, sea estética o narrativamente, que las fórmulas clichés que normalmente se ven en la pantalla grande. En este sentido, celebro un festival que privilegie la proyección de cine independiente y, sobretodo, un festival que descentre a Bogotá como productora de la oferta cultural.

Por todo lo anterior, me uno a las voces que protestaron contra el recorte de presupuesto para la tercera versión del Festival el año pasado. ¿Cómo espera la Alcaldía que este evento se consolide como representativo de la ciudad si los líos presupuestales afloran tan sólo al tercer año de su nacimiento? No es secreto que el presupuesto de la Secretaría de Turismo y Cultura para eventos locales de gran calibre se está volcando hacia el Festival de Música del Pacífico Petronio Álvarez, el Festival Mundial de Salsa y la Feria de Cali. Es interesante pensar que

estos festivales intentan resaltar y celebrar elementos que se consideran centrales en la llamada identidad caleña: la rumba, la salsa y, más recientemente, la música del Pacífico. Se le está dando prioridad a aquellos proyectos que logran reunir a la gente alrededor de las cosas que se consideran propias y que, de cierta forma, han adquirido más popularidad. Sin embargo, esto no quiere decir que debamos aceptar la posible desaparición de una propuesta que reconoce la tradición cinematográfica de la ciudad y quiere crear una sensibilidad ante estas producciones.

Después de tres meses de la realización del Festival de cine de Cali queda la amarga duda de si habrá sido el último. Ignoro si los problemas presupuestales se hayan resuelto después de la tercera edición. Lo cierto es que después de su culminación, el evento es un asunto muerto para los medios de comunicación y, por lo tanto, no sabremos de él hasta que se acerque noviembre o se presente un problema similar al mencionado. Si fueron tantos los esfuerzos para sacar el evento a flote este año, su realización se me hace aún más incierta con el cambio de gobierno. Con sinceridad espero que el Festival no se convierta sólo en un recuerdo, sino que perdure para que pueda ser vivido por muchas más personas.

ALEJANDRA ERAZO

Es estudiante de quinto semestre de Antropología en la Universidad Icesi. Su carta nos llega a través de estudiantes de Doxa. www.estudiantesdedoxa.com



Y finalmente hubo festival de cine. Se apuntaron dedos, se declararon culpables pero a la hora de tomarse la foto estaban todos haciendo fila. Y por supuesto, hubo gala inaugural. Y no se sabe bien por qué, en contra de cualquier criterio civilizado de seguridad, se decoró un

auditorio subterráneo con docenas de velones (prendidos, claro está), y en contra del sentido mínimo de la estética se “vistieron” las sillas Rimax con terlenka negra, blanca y roja. Tela que, a todas estas, arde con gran facilidad.

Quizás estábamos todos destinados a morir; bien fuera calcinados o atropellados por la ordinariez. Claro que los claveles que usaron para decorar el lugar le hacían juego a la proyección de Hemogramas: Gótico Tropical, *performance* audiovisual que nadie pudo ver gracias a que los organizadores olvidaron el detalle de apagar las luces. Tampoco se entiende muy bien por qué se preocuparon por decorar las Rimax antes de pensar en ubicarlas de modo que cupiera más gente sentada cómodamente y no colgadas de las paredes como nos tocó a la mayoría que no engrosábamos las listas VIP.

La inauguración del festival parecía más un acto político en un país de eucaña que la inauguración de un festival de cine: sillas decoradas, flores, discursos, presentadoras voluptuosas y hasta concierto de un grupo de son cubano. Como si la Alcaldía, sin importar cuál fuera el evento, tuviera al proveedor que se encarga de montar todas las inauguraciones esperando el chequecito.

Y claro, ¡ante la amenaza de que no haya festival todos nos alegramos! Es sólo que pareciera que el logro es sacarlo adelante como fuera. Seguimos enfrascados en esa lógica colombiana tan desesperante: la improvisación del “último minuto”, y en esa lógica poco se puede esperar.

Pero ojo, no se equivoquen, criticar lo estético no es una frívola censura de lo superficial. Lo que capta el ojo es tan solo la última manifestación de cosas que en el fondo no están nada bien, y no está bien que la inauguración poco importe, que sea un protocolo más, que sea un rubro más de un presupuesto a ejecutar. Esperemos que vengan eventos de inauguración más dignos y apropiados. Amanecerá y veremos.

Cordialmente,

GLORIA SWANSON